

LUIS MEY

La enemistad
horizontal

Página 2



WALTER LEZCANO

Abelardo
Castillo
y el ajedrez

Página 3



CARLOS ALETTO

Siempre
el mismo
cuento

Página 4

télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 6 | NÚMERO 263 | JUEVES 15 DE DICIEMBRE DE 2016

Gambito de metáforas

Los Grandes Maestros
Carlsen y Karjakin jugaron,
en estos días, una serie
de partidas memorables
en el Mundial de ajedrez.
Muchos escritores estuvieron
pendientes.
¿Qué une a la literatura con
este juego milenario?



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La exposición curada por Rodrigo Alonso desembarcó en el Centro Cultural Recoleta, Junín 1930 (Caba), con una serie de adaptaciones y el despliegue de 30 artistas visuales clásicos y contemporáneos de la Argentina. Recorrer esta exposición puede representar un verdadero viaje a otro mundo, en principio por algunas de sus obras, tan grandes como impactantes. Desde la instalación de

Marcela Cabutti "¡Mira cuántos barcos navegan aquí!", donde un animal observa con ahnoriaza a un barco de papel que se aleja, a "El silencio de las sirenas" de Eduardo Basualdo, un inmenso lago cuyo epicentro provoca una suerte de remolino. Pero además se encuentra irreconocible en su disposición casi laberíntica, un diseño audaz que corrió por cuenta de Daniel Fischer.



La enemistad horizontal



→ Luis Mey

El odio de los colores crea la tensión necesaria para que exista el otro. En esa puja la literatura y el ajedrez justifican su vida.

El ajedrez: más antiguo que la democracia. Más antiguo que cualquier palabra que lo nombre. Sus piezas mutaron. Los apellidos de los jugadores trascendentes ascendieron a jugadas. Alfil, por ejemplo, proviene de *árabe al-fil* -"El elefante"-, y algunos autores, creyéndose conocedores del espíritu lúdico del ajedrez, lo inyectaron en sus tramas. Tomaré los menos citados o algunos de ellos. Los otros, como "El ajedrez", de J.L.B., o el que hace de padre de éste, el poema del persa Omar Khayyám, citados en rincones de ajedrecistas como en sectas satánicas y propagandas de subterráneos, se pierden en la literatura cuando su lugar estaba en el ajedrez.

En "La defensa", de Nabokov, por ejemplo, Luzhin logra quizás responder a una de las más estúpidas y fabulosas preguntas de la historia del ajedrez: ¿Es posible vencerse a sí mismo? ¿A qué pararlo se le compara jugar al ajedrez solo? Que es lo mismo que decir, ¿para qué sirve la institución de la fe si Dios sabe que existe? Porque Luzhin, en "La defensa", logra el mejor jaque mate del hombre que juega al ajedrez con la vida: el suicidio. Claro que eso, antes que cualquier otra trama, lo hace más que reflexionar sobre el ajedrez en una de sus reglas: a nadie le importa realmente la última movida. Es, en todo caso, lo que mejor oculta el truco narrativo que empieza, como si no, en la apertura. ¿Quién es capaz de mi-

rar hacia otro lado mejor que había la muerte cuando esta se presenta? Como es vital escribir pensando: ¿Quién es capaz de desconfiar de un peón que avanza un casillero? ¿Qué mal puede hacer ese pobre sujeto?

En "El ajedrez", Abelardo Castillo enroca: "Juego tradicionalmente detestado por las mujeres, en especial por las mujeres de los ajedrecistas, es curiosamente el único donde la figura de la mujer es decisiva". Drácula abandona su inmortalidad en pos de la dama. Acaso reflejo de todo, el ajedrez entrega tantas pistas por tantos siglos que llegamos, por qué no, a jamás preguntarnos qué sería del juego sin los peones: o qué sería del trabajo sin los peones.

Qué juego podría comenzar; qué empréstito podría desarrollarse. El gran engaño del ajedrez es, entonces, el mayor vicio de la raza que lo pone en práctica: la idea del juego. O su mayor acto de honestidad: jugar a lo político. Jugar a lo militar. Jugar a la ciencia. Jugar, juegan todos. Jugar, como

“**Juego tradicionalmente detestado por las mujeres, en especial por las mujeres de los ajedrecistas, es curiosamente el único donde la figura de la mujer es decisiva**”

acto de poder, construye un contrato social, un muro, o nos devuelve al estado de naturaleza. Horrible lo que haré en este momento, entonces, porque citaré un libro mío: *En verdad quiero verte, pero llevará mucho tiempo*, que parte de esa ruptura. De aquello sale esta novela: ya que los chicos no tienen las instituciones que otros

sí -los clubes, mejores colegios, idiomas, instrumentos- entonces encuentran, de tanto vagar, la gema perdida: un profesor de ajedrez que hace, cuando no de maestro, de pintor de brocha gorda. Pero con ello, bueno, se hace una historia. Ahora sí, volamos a los que escriben de verdad.

Rodolfo Walsh, en "Zugzwang", coloca al héroe y a su Némesis a cada lado de una partida de ajedrez cuando el comisario, claro, no está entre boschas. El héroe, en el ajedrez, es el tablero. No hay más aprendizaje en la victoria como en la derrota. No hay bueno si se gana; hay bueno si se pierde. No hay diablo que no se aplauda porque diablo en ajedrez es el que ejecuta una jugada maestra. Todas las herramientas que aplicamos en narrativa se ponen severamente en duda ni bien avanza el buen blanco.

En *Acercía de*

Roderer, magistral novela de Guillermo Martínez, lo simbólico nos lleva a lo mejor del ajedrez. Aquel personaje que con voluntad presentará batalla al talento incandescente y sin trabajo del otro niño, su Némesis, o su amigo más fiel, más presente. Y el derrotado del vencedor, en algún momento, porque solo el héroe en su victoria no es héroe. Dios no es Dios sin los hombres.

O lo que es decir, como también narró Abelardo Castillo en "La cuestión de la dama en el Max Lange": "Mi mujer aún no había vuelto a casa esa noche (...). Nuestros desacuerdos eran tan perfectos que, podría decirse, habíamos nacido el uno para el otro". Quizá por eso el ajedrez es un juego que mejora a la literatura: autor y lector consagran una enemistad vertical. El ajedrez -horizontal por excelencia-, el uno sin el otro, las blancas sin las negras, se queda en pieza decorativa. Como los libros que no se leen. Como las parejas que no discuten.



APARECIÓ EN VALENCIA EL DOCUMENTO MÁS ANTIGUO DEL CREADOR DE EL QUIJOTE

Un documento con la firma del escritor Miguel de Cervantes fue encontrado en el Archivo del Reino de Valencia con la particularidad de que no se refiere a sus trabajos por los pueblos andaluces sino a una historia judicial novelesca. El hallazgo lo realizó el archivero Jesús Villalmanzo en el curso de sus investigaciones sobre fray Juan Gil, el trinitario que redimió a Cervantes.

Se trata de una declaración judicial realizada por Cervantes ante la Justicia Criminal de Valencia, informó el portal del diario español ABC. El documento está muy bien conservado, quizá nadie lo consultó desde que finalizó el pleito, en 1581. Está escrito en lengua valenciana; así se hacía entonces, en los tribunales de la ciudad; también incluye algunas fórmulas jurídicas en latín.

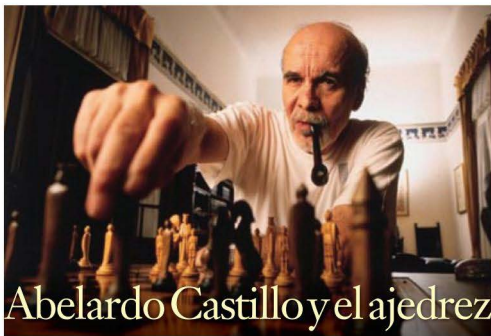


JUEVES 15 DE DICIEMBRE DE 2016 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3



→ WALTER LEZCANO

Una de las figuras ineludibles al hablar de literatura y ajedrez en la Argentina es la del escritor Abelardo Castillo. Una semblanza de su pasión.



Abelardo Castillo y el ajedrez

El 16 de octubre de 1957, un joven Abelardo Castillo (Buenos Aires, 1935), que aspira a ser escritor, anota en un cuaderno: "Recuerdo cómo me atraía el ajedrez, de lo que modo llegó a ser imprescindible para mí. Como ahora en torno a la literatura, antes mi vida giraba alrededor del ajedrez. Al acostarme, producía mentalmente las partidas jugadas durante la noche y me era imposible apartar el pensamiento de las piezas. Aún hoy creo que podría escribir la partida que acabo de jugar, sin mirar el tablero, sin recurrir más que a mi memoria, pero esto ya no tiene valor. Antes, en cambio, no hubiera podido dormirme sin hacerlo. Mañana despertaría recordándola. Había noches en que, infructuosamente, trataba de desviar mis pensamientos hacia otras cosas y me resultaba imposible. Vea escaques y piezas, saltos de caballo, y al dormirme, las movidas se mezclaban con los hechos de la vida real, una mujer a salto de caballo, en un vagón de tren, dos hombres que cambiaban de lugar como un entroque, de alguna manera mágica y absurda. En ocasiones temía enloquecer. Cualquiera que conozca bien este juego lo sabe por experiencia propia."

La cita, que se recuperó para el excelente tomo de los *Diarios, 1954-1991* (2014, Alfaguara), es extensa, sí, pero nos ayuda de manera generosa para introducirnos en una relación que, por lo que escribi

ó Castillo en su juventud, no tiene nada de intelectual y roza el territorio de la pasión bien entendida: aquella que organiza la vida en algún sentido productivo y a partir de cierta sintaxis y morfología especial. El ajedrez, cuando uno se mete en ese mundo, es muchísimo más que un simple juego. De ahí la relación que intuye con certeza Castillo: la literatura y el ajedrez como zonas de entrega totalmente física, cada una con sus propias reglas, pero que en incontables ocasiones pueden entrar en colisión y atraerse.

Abelardo Castillo aprendió a jugar al ajedrez gracias a un amigo cuando era pequeño, tenía alrededor de 10 años. Y desde ese momento hasta acá su mirada sobre esa actividad, por llamarla de algún modo, fue atravesando por diversos estadios hasta descubrir que no hay por qué hacer una elección frente o contraria a la literatura. Se pueden unir en una relación de sugestiva e inimitable. Es con el tiempo, Castillo fue encontrando puntos de conexión entre los dos.

El primer punto de atracción

se da, claramente, entre el ajedrez y el cuento, donde Castillo es un referente absoluto de nuestro país. El género de la novela, con su dispersión, su vida eterna, rizomática y hasta con un gran componente de caos, queda afuera de esta relación. Si la estructura clásica de un relato, que requiere un gran rigor mental, habla de un comienzo, un desarrollo y una resolución, el ajedrez presenta la misma estructura para realizar una partida. Hay una disciplina y necesaria adaptación ahí que ayuda tanto para la escritura de cuentos como para el desarrollo de un juego.

En ese sentido, si los dos terrenos presentan los mismos bordes nítidos y límites similares, es posible pensar que allí están actuando los mismos factores de realización satisfactoria: concentración, belleza, inteligencia y calidad. Algo que en los cuentos de Castillo se percibe con una contundencia ineludible. Y es una fuerza o una cosa, como si dijéramos, que atravesaría una primera instancia, relacionar con el boxeo; sin embargo, con la perspectiva del ajedrez en un rincón resulta más visible la influencia y reciprocidad. Tomar cualquier relato de Castillo, de *Cuencos*

o *Las panteras y el templo* o *Las maquinarias de la noche*, por nombrar algunos de sus libros, y admirar la ejemplar arquitectura que se construye en ellos y reflexionar si no tiene que ver con el acercamiento del autor con el ajedrez.

Por otra parte, hay una disposición mental y proyección que emparenta al escritor de cuentos con el jugador. Es sabido que los buenos ajedrecistas comienzan sus partidas conjeturando y, tal vez, anticipando el final del juego con sus movimientos. Quien escribe un cuento, ya lo ha dicho Castillo sobre su *modus operandi*, no puede escribir un relato sin saber adónde va, es decir: necesita el final antes de empezar la escritura. De este modo, el entrenamiento de un jugador y del escritor se dan en el mismo sitio emocional: la imaginación. Lo que no es garantía de que se escriba un buen cuento o ganar una partida. Pero esas son cuestiones donde el azar es fenómeno indudable y el juego vuelve a ser cuestión que varía.

Volviendo a los *Diarios, 1954-1991*: dos elecciones aleatorias para concluir. El 16 de enero de

1977, Abelardo Castillo anota: "En este momento, la imposibilidad física de seguir escribiendo. Me voy a reproducir una partida de ajedrez." Y más adelante, en algún momento de noviembre de 1978, pone en su cuaderno lo siguiente: "Increible lo supersticioso que soy. Estuve a punto de arrancar esta hoja. Es, en cierto modo, peligrosa. ¿Cómo decía Kafka en *El castillo*? 'Todo en orden, salvo un leve escalofrío. Las palabras de Kafka son otras, pero no voy a buscarlas. No ahora. Me gustaría mucho ganar la partida de mañana.' Son palabras que denotan un interés que excede por mucho el mero status de la distracción o el simple *bobby*. Más bien resulta todo lo contrario: el ajedrez, y en esa letra arrastra, por supuesto, a la literatura o viceversa, es una manera de estar en el mundo, de habitarlo a partir de la elección de cómo hacer uso del tiempo y la apertura de experiencias. Tanto la línea horizontal de la vida que presentan momentos de intensidad increíbles, parece decirnos Castillo, que hay pocas actividades que las puedan igualar. Se trata de la entrega, del rigor y de la búsqueda de la belleza más allá de lo aparente y lo visible.

TWAIN
PARA NIÑAS



Las categorías morales aplicadas a los más chicos divirtieron a Mark Twain en su época. Defensor a ultranza de la imaginación, el humor y la inteligencia de los niños, se burló de todo intento de sermonear a este público con fábulas pedagógicas. En sus *Consejos para niñas* que encontramos preocupado por cuestionar las estrictas

reglas que se imponían entonces a las niñas, confeccionadas en 1850 por toda clase de mandatos sociales. Editorial Sexto Piso rescató sus 8 recomendaciones de sustitución de buenas acciones por variantes menos inocentes en un precioso libro ilustrado por Vladimir Radinsky. Mark Twain eligió ese seudónimo cuyo significado

es "dos brazos de profundidad", medida del calado necesario para navegar sin contratiempos. Este libro pleno de humor e ironía ensancha la hondura del molde en que ponemos a nuestras niñas aún hoy, convoca a la risa y muestra el antecedente de un pensamiento libertario y liberador para nuestras mujercitas.



CONTRATAPA

→ CARLOS ALETTI

Siempre el mismo cuento

Las formas del ajedrez y del cuento comparten, lo que Borges habría de llamar, el Libro de Arena. Una historia que cambia por los siglos de los siglos sobre un tablero.

El ajedrez es un cuento que se juega. Por este motivo la relación con la literatura es tan estrecha. No solo hay miles de escritores que consagraron sus horas a la táctica y a la estrategia del ajedrez, sino que existe un sinnúmero de cuentos y novelas dedicadas, en mayor o menor medida, al juego.

En el ajedrez dos escritores tejen en silencio la trama de una batalla desde hace siglos. Es el "arma virumque como" del comienzo de la *Enéida*: el canto a la guerra y a un hombre que a veces puede llegar desde Troya, ser de la India, salir de una jornada del *Decamerón* de Boccaccio o de un poema de Jorge Luis Borges. La historia es la misma siempre, pero tiene infinitas variantes. Dos ejércitos potencialmente idénticos, ubicados en el terreno de forma simétrica, uno con uniforme blanco y otro negro, se enfrentan en el campo de batalla para matar, como en una tragedia de Shakespeare, al rey rival. Sus muertos yacen ordenados al costado del escenario, sin una Antígona que loche por dar a los inspeccionados los ritos sagrados mercedillos. Los personajes siempre son los mismos: El Rey, la poderosa Reina, Isoperto, el Hércules, el Cid, el hijo de Carros y los ocho sacrificados infantes de la vanguardia. El final no siempre es el mismo. Como en las mejores obras de las vanguardias históricas la obra comienza y termina constantemente con una infinita cantidad de variantes que



los treinta y dos personajes desarrollan en los sesenta y cuatro espacios del terreno, ya bien lo dice Borges en el conocido terceto:

*En el oriente se encendió esta guerra
Cuyo anfitrión es hoy toda la tierra,
Como el otro, este juego es infinito.*

Explica Piglia en su "Tesis sobre el cuento", que en esta forma breve se cuentan dos historias, y en el Ajedrez sucede lo mismo: una historia narra el ataque que peregñan la Blancas y la otra, la defensa de las Negras. Además, la batalla (como un cuento que tiene introducción, desarrollo y desenlace) se despliega en tres etapas: la apertura, el medio juego y el final.

En el tablero de ajedrez también se explican los grandes temas de la literatura, sobre todo la Muerte y el Poder pero también el Sacrificio, la Ambición y el ascenso social, la búsqueda sacrificada de llegar a ser una persona encumbrada partiendo desde lo más bajo. Hay una jerarquía marcada por el poder de los reyes y quienes lo rodean, pero la movilidad social está garantizada. Con mucho esfuerzo y obstáculos, por supuesto. Góngora en una letrilla burlesca anterior a 1610 lo explica:

*Dicen que hoy casas de fama
como ajedrez, en valor
Que cualquier pieza menor
Entrando llega a ser dama.
Entre once y siete años,
Sueldos que son por el juego.*

De todas formas, el ajedrez sigue siendo un juego de mesa, como tantos otros, pero su prestigio seduce al mundo intelectual, y en particular a muchos escritores. El juego y la seriedad que también lo

relaciona directamente con la literatura. En su *Homo Ludens*, Johan Huizinga señala:

"Los niños, los jugadores de fútbol y los de ajedrez, juegan con la más profunda seriedad y no sienten la menor inclinación a reír: es notable que la mecánica puramente fisiológica del reír sea algo exclusivo del hombre, mientras que comparte con el animal la función, llena de sentido, del juego".

Desde antes de la publicación de este libro fundamental sobre el juego, los pensadores consideraron a lo lúdico un componente importante en la vida de los hombres, la literatura no es otra cosa que un juego de palabras.

un juego sobre un papel. Un juego donde un escritor tiene que contar una historia verosímil y atrapar a un lector. Porque de muchas formas, y como señala claramente Huizinga: "Las figuras mitológicas, las alegorías y emblemas, de lejána procedencia y cargadas pesadamente con conocimientos astrológicos e históricos, son figuras de un juego de ajedrez". El ajedrez está cargado de metáforas que constantemente van mutando. Desímbolos. La literatura no puede escapar a la seriedad de esta propuesta, de este juego.

El tablero cumple la función de narrar con infinitas (o casi infinitas) variantes la misma historia, como en las grandes colecciones de cuentos de la literatura, una historia contada sobre una misma matriz, lo que hace parecer, como sucede con las grandes obras literarias, que se narra una única historia, un infinito libro de arena (o un calidoscopio) que conforma siempre el mismo cuento.